CRÍTICA DE **ARQUITECTURA**

Girona gana

LLÀTZER MOIX

Algunos edificios son concebidos con indiferencia, cuando no con desprecio, hacia su entorno urbano. Otros, por el contrario, armonizan su voluntad de afirmación con el compromiso de hacer ciudad. Este último caso es el de la nueva sede de la Generalitat en Girona, a la espera de fecha oportuna para su inauguración oficial.

El reto al que se enfrentaron los arquitectos Fuses y Viader era múltiple: rehabilitar y reformar el hospital de Santa Caterina (siglo XVII) y la colindante casa de Convalecencia (siglo XVIII), ampliándolos con un edificio de nueva planta y transformando el conjunto en sede gerundense de la administración catalana. En total, 30.000 m² construidos –20.000 de ellos, nuevos– que ocupan una isla en el corazón de Girona, donde la ciudad vieja linda con la nueva.

Los trabajos de rehabilitación de Santa Caterina han permitido racionalizar alturas, circulaciones y conexiones, al tiempo que primaban la recuperación de bóvedas, azulejos barrocos o esgrafiados noucentistes, y se derribaban construcciones del XIX que mantenían oculto el ábside de la capilla, ahora auditorio.

La edificación nueva, con fachada a tres calles, tiene planta –casi– de U, cuyos brazos conectan con las viejas construcciones. Entre ellos queda una plaza interior, permeable, que invita a los ciudadanos a recuperar un viejo pasaje y cruzar el equipamiento. Las fachadas a Pompeu Fabra y a Gran Via –más lograda la segunda que la primera– están acristaladas y protegidas con mallas o planchas troqueladas de acero inoxidable. Ambas buscan cierta neutralidad, en atención a las construcciones históricas, y se retiran generando espacio público, en un gesto similar al de los juzgados de Girona levantados por Bonell y Gil, otra obra con conciencia urbana. A su vez, la fachada de la calle Joan Maragall, más contenida, recoge ecos de la Delegación de Hacienda, edificada por Carlos Sobrini hace medio siglo en el extremo opuesto de la isla.

Discreción, sobriedad y un buen maridaje entre piedra y metal son rasgos que distinguen esta obra. Una obra no exenta, sin embargo, de algún gesto contundente, como su cuerpo acristalado que, apoyado sobre robusta peana de hormigón, vuela 22 metros en la fachada de Gran Via.

Gracias a este trabajo de Fuses y Viader, Girona gana arquitectura y gana calidad urbana.●

AGUSTÍ ENSESA

Sede de la Generalitat en Girona en la plaza Pompeu Fabra

Sede de la Generalitat

Arquitectos: Josep Fuses, Joan M. Viader
Ubicación: Girona. Gran Via de Jaume I, 9

Sergi Pàmies

Batallitas

Entre el 1 y el 28 de marzo se instalará una carpa en la Rambla para reunir a grandes nombres de la generación de los 70 y preolímpica. Se trata de una serie de actos destinados a remover las aguas y reclamar más protagonismo cultural y artístico de la Rambla (y, de paso, menos turismo degradado). La intención es buena pero también ventajista y nostálgica. Ventajista porque si los creadores y emprendedores actuales (jóvenes o no) intentaran una iniciativa semejante les pondrían toda clase de pegas. Nostálgica porque insiste en recuperar lo que en su día fue pura transgresión. El famoso circuito de locales (Zeleste, Cúpula Venus, Saló Diana) fue alternativo y contó con poquísimas complicidades oficiales. En eso radicaba su encanto, en existir pese a las dificultades y encarrilar una necesidad expresiva y un deseo de desmadre que carecían de los canales actuales.

La Barcelona postolímpica, en cambio, se caracteriza justo por lo contrario. Creó taifas impermeables, oficializó el tópico expositivo y sus arbitrariedades, consagró mediocridades e indultó, a base de subvenciones, la resultona modernez de chiringuito. Al final, la atomización se impuso. Resultado: las jóvenes generaciones de artistas y creadores saben poco de los que estarán en la carpa de la Rambla porque maldita la falta que les hace (y viceversa).

La iniciativa quizá pueda servir para reflexiones útiles pero también es legítimo sospechar, por experiencia de usuario, que, una vez más, se sigue consagrando la batallita preolímpica y de la transición con los mismos defectos con los que la generación del mayo de 68 parisino se reconvirtió al cinismo yuppi. En París la política sirvió para subrayar las imposturas. Aquí, en cambio, se ha instaurado una neomemoria sentimental que intentaba acabar con la tabarra de las gomas y lavajes a base de imponer un ficción más profiláctica. Los que supieron inscribir ese paisaje moral en una obra no impostada, salieron adelante y son referentes (algunos estarán en la carpa, otros están muertos). Pero también hay quien vive de rentabilizar su desmadrada juventud. La Rambla del Saló Diana, del Zeleste y de la Cúpula Venus ya era un lugar decadente. No se parecía a la de los dibujos de Opisso pero la presencia de todos estos elementos constituyó una renovadora corriente de gamberrismo ilustrado y creatividad expansiva. Creer que eso ya no existe es una temeridad. Seguro que hoy hay lugares con nuevos artistas y creadores a los que no damos bola (los músicos no tienen salas donde actuar y a los promotores se les putea) porque estamos demasiado ocupados contemplándonos el ombligo, reescribiendo la historia tendenciosamente e intentando que perdure el eco de una época que, paradojas de la vida, también es responsable del deterioro y la pobreza cultural que, desde la euforia olímpica, ha padecido la Rambla.

> Hoy hay lugares con nuevos artistas y creadores a los que no damos bola